

NICOMEDES TORO

Nicomedes Toro, era un joven campesino, más bien modesto, pero muy aplicado al estudio y a la lectura, quien, a muy temprana edad, emigró a la ciudad para probar suerte y, si ésta le fuese favorable podría, tal vez, escapar de la precaria situación en la que se encontraban sus padres, quienes poseían una pequeña propiedad en el campo, la que habían adquirido hacía muchos años tras grandes esfuerzos y privaciones y que les permitía vivir aunque, como se indicó, precariamente.

Pero la ciudad, debido a su origen campesino, no le daba muchas oportunidades a Nicomedes y los trabajos para los que era contratado no le permitían ganar mucho dinero.

Se esmeró por aprender algo que le permitiera mejorar su nivel de ingresos y optó por estudiar contabilidad, porque así podría conocer la forma en la que manejan y emplean las grandes empresas para invertir su dinero y para poder él hacer lo mismo.

Un día, debido a acontecimientos políticos muy desafortunados, se alteró el orden público, las empresas redujeron su producción y por ello empezaron a despedir a sus trabajadores y, por cierto, también a Nicomedes quien recorrió incansablemente muchas otras empresas y en ninguna fue contratado, por lo que optó por retornar a su campo temporalmente en espera que la situación se normalizase.

Un día su padre le dijo:

-- Hijo, tengo que derribar un grueso muro de adobe, que se encuentra en mitad de la bodega, para poder emplearla en forma más eficiente, puesto que tal muro impide el almacenaje de productos voluminosos como lo son las colizas de pasto o los sacos de carbón, por ejemplo--.

Dado que Nicomedes ya estaba hastiado de lo poco que tenía que hacer, le dijo a su padre:

-- Deje eso por mi cuenta, yo puedo realizar ese trabajo--.

Al día siguiente, premunido de una picota, una pala y una carretilla, Nicomedes empezó a retirar los adobes que cargaba en la carretilla y los iba a depositar en un punto bien distante de la bodega.

Así estuvo todo ese día y muy agotado se fue a la cama, pero feliz de haber realizado un trabajo porque esa era su ambición, trabajar.

El día siguiente se inició de igual forma que el anterior pero, a media tarde, descubrió que entre los adobes había una vasija de barro completamente sellada. Con tal hallazgo le surgieron ciertos recuerdos que provenían de lo mucho que había leído y, en especial, de los Efrits que se mencionan en el libro “Las mil y una noches” quienes, por tener poderes superiores, una vez liberados de su encierro, se tornan en esclavos de quien los dejó en libertad y pueden hacer grandiosos portentos. Se sentó sobre algunos adobes que ya había extraído y empezó a imaginar la cantidad de manjares que podría degustar con tan solo ordenarle al Efrit que se los proporcionase, o que lo llevase a recorrer el mundo para conocer otros rincones tan diferentes al de su entorno, según lo había también leído o, mejor aún, que le proporcionase una suma de dinero que le permitiera viajar en avión, como cualquier persona, y así tener una vida tan normal como cualquier ser de este planeta.

Repentinamente se le presenta el Efrit quien, con una potente voz y muy grave, le dice que no está dispuesto a acceder a nada de lo que le diga y, sacando un enorme sable, arremete contra Nicomedes que retrocede y cae al suelo y, para poder repeler al Efrit, trata de golpearlo con su pie, pero constata que, efectivamente, se encuentra tendido en el suelo y ve la carretilla allá lejos, volcada y los adobes que ya había cargado estaban dispersos en el piso.

Ante tal alboroto llega su padre quien dice:

--¿qué te ha pasado, por qué estás en el suelo?—

--No, nada, solamente resbalé, pero estoy bien, estoy perfectamente— respondí, pero sin contarle que me había dormido y que tuve una horrible pesadilla.

En seguida constata que su vasija se encuentra intacta, arrinconada lejos del área de trabajo, para evitar que accidentalmente pueda romperla y, en cuanto a su aspecto, la encuentra muy semejante a las vasijas que emplea su padre, con algunos guijarros en su interior, colgadas de un árbol y con una cuerda larga que llega hasta la casa, destinados a espantar los pájaros con el ruido

que hace al tirar del cordel y evitar así que se dañen la fruta, por ello dedujo que su vasija tendría el mismo propósito.

Terminada la faena de ese día, tomó su vasija y la llevó a su dormitorio como trofeo y, si fuese necesario alguna vez, colgarla también de algún árbol.

Se tendió en su cama para reponerse de la dura jornada y, mirando detenidamente su vasija, pudo ver que estaba maltratada y sucia y en ese mismo instante decidió lavarla. Como aún no obscurecía, la tomó y se fue al estero cercano y, con mucho esmero, la lavó cuidándose de no frotarla con demasiada energía para asegurarse que no saldría el Efrit que se encontraba en su interior. Una vez hecho esto, retornó a su dormitorio y provisto de un papel de lija, empezó a pulirla y, una vez que estuvo reluciente, la instaló cual adorno en su velador. Descubrió que tenía una tapa pegada con brea y ésta tenía un pequeño orificio el que tal vez sería de suficiente tamaño para que pudiese salir el Efrit si se daba la ocasión.

Ya muy tarde, quiso tomar su merecido descanso, pero lo atemorizaba el quedarse dormido puesto que podría nuevamente aparecerse el Efrit y atormentarlo con sus amenazas.

Cuando despierta, ya alumbraba con toda su intensidad el sol y nada extraño le había sucedido en aquella noche, por lo que, después de su reponedor desayuno, retorna a su trabajo. Luego encuentra una segunda vasija que, como ya tenía una, la tiró entre unas zarzas que había cerca del lugar donde depositaba los adobes que estaba retirando.

Pero su mente no se apartaba de la vasija primera, seguía albergando la posibilidad de que algún Efrit la habitase y tanta fue su obsesión que, dejando el trabajo, fue a su dormitorio y empezó a frotarla enérgicamente, pero tras muchos esfuerzos sin resultado alguno, hizo que retornara su cordura y regresó a su trabajo convencido de su idiotez por creer en tales falacias.

Ya terminada la faena de ese día y tras reunirse con sus padres para cenar y comentar la jornada, como lo hacía a diario, se fue nuevamente a su dormitorio y, al ver la vasija, nuevamente se apodera de su mente esa obsesión por los Efrits y, para saciar la ansiedad que aquello le causaba, aprieta

fuertemente la vasija, toma un gran paño y empieza a frotarla con mucha energía. Con el movimiento que causaba esta operación, escucha el sonido de los guijarros en su interior con lo que se convence que solamente está destinada a espantar los pájaros, pero tal sonido no le pareció igual al que él conocía, se escuchaba como más cristalino. Ya iracundo por su estupidez, con el paño le da un duro golpe a la vasija, lo que hizo que se le soltara de sus manos y se destrozara al caer al piso, pero observó asombrado que no eran guijarros los que contenía, sino lo que a él le pareció que se trataba de unos pedazos de vidrio. Justificó aquello pensando que tal vez ese sonido más cristalino del vidrio sería más efectivo para espantar los pájaros, por eso se habían depositado allí.

A la mañana siguiente, sentado a la mesa con sus padres para el consabido desayuno, ya convencido que su cordura se había alterado manifiestamente, les empezó a relatar todo aquello y para muestra llevó uno de los trozos de vidrio encontrado en la vasija. La madre lo tomó, lo observó con esmero y le dijo:

--Hijo, esto no parece ser un simple vidrio, hay algo distinto en este trozo de cristal. Creo que deberías llevárselo a alguien que sepa más de esto para que te diga de qué se trata—

Efectivamente, se veía que no reflejaba o refractaba simplemente la luz, sino que la mostraba como una secuencia de innumerables colores muy brillantes, lo que a Nicomedes la pareció una verdadera magia creada por el Efrít.

--Entonces mañana iré a la ciudad y se lo llevaré a un joyero que conocí cuando estuve allá, tal vez él me diga de qué se trata— respondí.

Ese día trabajé con mucho ahínco y descubrí una nueva vasija que deposité entre las zarzas como la anterior.

Al día siguiente salí muy temprano rumbo a la ciudad y, ansioso por descifrar el enigma del pedazo de vidrio, fui directamente donde el joyero, quien al verme me dijo que se alegraba por mi retorno a la gran ciudad.

--No he vuelto por eso, sino porque encontré esto y quiero que lo veas para saber de qué se trata--
- le dije.

Lo tomó y pude vislumbrar en su rostro un leve atisbo de sorpresa, preguntándome enseguida:

--¿Y dónde encontraste esto?—

--En.....en el estero que pasa por el campo de mi papá— respondí sorprendido.

--¿Sabes?, se trata de un diamante tal vez de incalculable valor, pero lo extraño es que si lo encontraste en el estero, entonces ¿por qué está tallado?—

--No sé, tal vez a alguien que se bañó ahí puede habersele caído— atiné a decir porque tantas razones ya estaban turbando mi entendimiento.

--Este, a mi juicio, debe valer unas tres coronas reales— replica nuevamente

Tal suma de dinero era una cantidad extraordinaria para mí, nunca había tenido tanto dinero en mis manos. Tal vez me puse pálido con tal anuncio pensando que en casa había muchos trozos más semejantes a ese, porque escuché al joyero decirme:

--¿Qué te sucede, te sientes bien, quieres un café, o una taza de leche o.....?—

--No gracias—lo interrumpí—me siento perfectamente--.

--¿Qué vas a hacer con esto?, si quieres te yo doy el dinero equivalente al valor de ese diamante y, en caso que esté equivocado y su valor sea mayor, te daré también esa diferencia más adelante—

--Sí, acepto y te lo agradezco, porque ahora tengo que llevar algunas cosas para mi casa y, con suficiente dinero, podré comprar la totalidad.—

Ya en casa entregué todo lo comprado y puse el dinero restante sobre la mesa. Ambos progenitores lo miraron asombrados.

--¿E ... e ... ese es el valor de los cristales?-- me dice mi mamá aún no convencida de aquello.

--Sí, y tengo muchos más, los que había en la vasija que se rompió y otros que lancé a las zarzas—

Sin decir palabra, mi padre toma un azadón y, aunque ya anochecía, ambos fuimos a rescatar las otras vasijas desechadas en las zarzas.

Al día siguiente, emprendimos el arduo trabajo de retirar la totalidad de los adobes donde encontramos dos vasijas más, todas con igual contenido.

Como contador hice la estimación de su valor y con aquel hice algunas proyecciones para determinar cómo mejor invertir el dinero para que nos reportara la máxima rentabilidad y así pasar el resto de nuestros días sin temores ni sobresaltos debido a la escasez de dinero.

Sin embargo, sigo absolutamente convencido que todo esto fue obra del Efrít, pero que nunca quiso manifestarse visiblemente, sino que todo aquello lo hizo sin abandonar su cómodo albergue cual es el interior de alguna vasija a la que tuvo que mudarse porque yo destruí la suya.